

CIUDAD Y NATURALEZA: LA CIUDAD DE MÉXICO EN QUINIENTOS AÑOS DE HISTORIA

*Margarita García Cornejo
y Santana**

RESUMEN: A lo largo de quinientos años la belleza natural de la Ciudad de México ha maravillado a cronistas, historiadores y viajeros que la contemplaron. A pesar de su extraordinario emplazamiento, desde la caída de Tenochtitlan la ciudad se ha debatido entre su muerte y resurrección. Aquí se abordan estas etapas a través de voces diversas que hablan de su entorno y evolución desde el islote prehispánico hasta la mancha urbana del siglo XXI.



CITY AND NATURE: MEXICO CITY THROUGH 500 YEARS OF HISTORY

ABSTRACT: Throughout 500 years, the natural beauty of Mexico City amazed chroniclers, historians and travelers who saw it first hand. In spite of its extraordinary location, since the fall of Tenochtitlan the city has found itself in a long evolution between its death and resurrection. Each one of these stages is addressed through diverse voices that speak of its surroundings and evolution from the pre-Hispanic islet to the urban sprawl of the 21st century.

PALABRAS CLAVE: Tenochtitlan, cronistas, historia urbana.
KEY WORDS: chroniclers, Tenochtitlan, urban history

RECEPCIÓN: 8 de mayo de 2018.
APROBACIÓN: 4 de junio de 2018.

* Arquitecta y urbanista. Profesora del Departamento de Arquitectura de la Universidad Iberoamericana.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.

CIUDAD Y NATURALEZA: LA CIUDAD DE MÉXICO EN QUINIENTOS AÑOS DE HISTORIA

Dicen que en un futuro, México-Tenochtitlan crecerá a tal grado que el lago de Texcoco desaparecerá y tanto Coyohuacan como Tenanitla serán parte de una gran ciudad. Dicen que tendrá millones de habitantes. Dicen que ya no habrá ríos. Dicen que habrá una nueva religión. Dicen que Tenanitla se llamará San Ángel. Dicen que el pedregal podrá ser habitado. Dicen. Pero siempre se dicen muchas cosas.

JUAN CARLOS CANO¹

Introducción

75

Para tener una idea aproximada de la historia de la Ciudad de México y su entorno, hay que considerar que ha sido destruida sistemáticamente a lo largo de cuatro siglos: el siglo XVI arrasó a la ciudad prehispánica, el siglo XVII a la ciudad española y el XIX a la ciudad barroca de los siglos XVII y XVIII. Los siglos XX y XXI han sido devastadores.

Del esplendor de cuatrocientos años de la Ciudad de México permanecen los relatos de sus cronistas: Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés Cervantes de Salazar en el siglo XVI, Alejandro de Humboldt en el XIX, José Luis Martínez y Guillermo Tovar de Teresa en el XX.

¹“Una historia de San Ángel”, en Fundación Espinosa Rugarcía, *San Ángel: Una invitación a su rescate*, 2007, México, Mapas, p. 24.

El legado que nos han dejado ha sido una herramienta para imaginar a la ciudad en sus diferentes etapas.

Asimismo, contamos con diversos planos, desde el atribuido a Cortés (1524) o el de Uppsala (1556), el de Gómez de Trasmonte (1628), o el realizado por José Antonio Villaseñor y Sánchez (1753) que, entre otros, muestran la ciudad que causó tanta fascinación en sus contemporáneos y que fue equiparada con algunas de las ciudades más importantes de Europa. De esa ciudad y sus lagos no queda prácticamente nada (Figura 1)

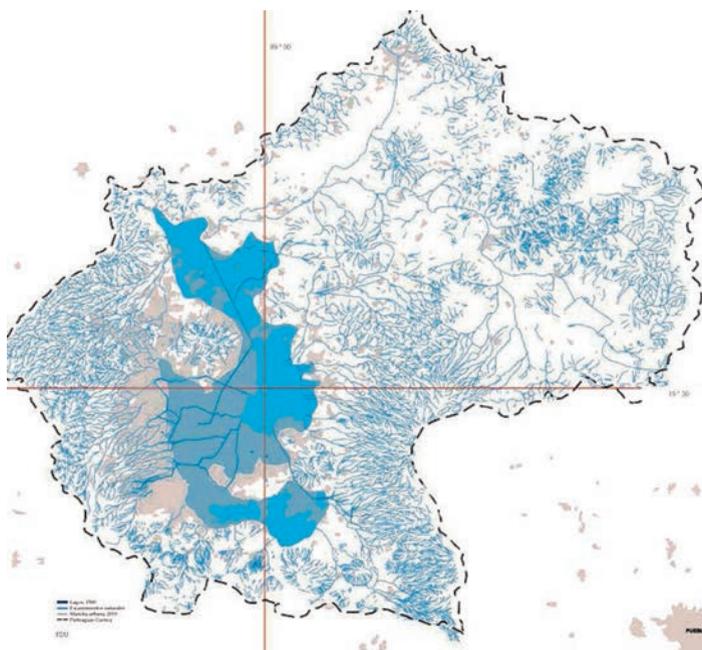


Figura 1. Escurremientos/Lagos originales, 1500. Fuente: Alberto Kalach, *Atlas de proyectos para la Ciudad de México*, 2012, México, CONACULTA/Contornos Promotora Cultural, p. 32.

Siglo XVI

Se tiene noticia de México-Tenochtitlan gracias a sus cronistas. La fascinación que la ciudad ejerció en los conquistadores se refleja en las descrip-

ciones llenas de sorpresa y admiración que dejaron en las primeras crónicas de Bernal Díaz del Castillo, las Cartas de Relación de Hernán Cortés a Carlos V y las descripciones del Conquistador Anónimo; la información aportada por frailes, como Motolinía, Durán, o Sahagún; y más tarde, el primer cronista de la Ciudad de México, Francisco Cervantes de Salazar.

En los primeros años del siglo XVI, en la cuenca lacustre de México-Tenochtitlan vivían aproximadamente 400 000 habitantes en una superficie de 600 km², que abarcaba las ciudades de Iztapalapa, Churubusco, Coyoacán, Tacubaya, Tacuba, Azcapotzalco, Tepeyac, Texcoco y Chimalhuacán.

Había cuatro calzadas principales que conectaban a Tenochtitlan con las riberas de los lagos en las que se encontraban diseminadas estas poblaciones: al norte la del Tepeyac, al poniente la de Tlacopan (Tacuba), al sur la de Iztapalapa, que se desviaba hacia Churubusco y Coyoacán continuando a Tenanitla; y al oriente la de Tetamazolco, que conducía al embarcadero donde llegaban las canoas procedentes de Texcoco.

Llegamos a la calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las casas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían sí era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, por que hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas y aun soñadas, como vimos.²

Los relatos de los cronistas son ricos en imágenes de algunos aspectos de la ciudad, tanto anteriores como posteriores, a la caída de México-Tenochtitlan. No obstante, nunca se llevó a cabo una descripción general o sistemática de la ciudad o sus edificios. Con todo, estas crónicas y

² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 1971, Barcelona, Círculo de Lectores, p. 262.

algunos planos como el atribuido a Hernán Cortés (1524) y el plano de Uppsala (1556) atribuido a Alonso de Santa Cruz, son herramientas fundamentales para imaginar la ciudad en las primeras décadas del siglo XVI.

Bernal Díaz del Castillo describe el emplazamiento de la ciudad indígena “y todas las más ciudades que había dentro en el agua, e otros muchos pueblos en tierra alrededor de la misma laguna”, y la admiración que causaron algunas como Texcoco y Coyoacán: “diré cómo Narváez fue su camino a México, y vio aquellas grandes ciudades y poblaciones y cuando llegó a Tezcoco se admiró, y cuando vio a Cuyoacán, mucho más, y desde que vio la gran laguna y ciudades q en ella están pobladas, y después la gran ciudad de México”.³

Orígenes

México [...] la cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano della tendrá en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. E la una de estas dos lagunas es de agua dulce y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio desta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hacen; el cual estrecho tendrá un tiro de ballestas, por entre la una laguna y la otra, e las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E por que esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar.

[...]

...Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta laguna, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisiesen entrar en ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas destas y todas las demás

³ *Ibid.*, p. 265.

son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan por sus canoas.⁴

La Ciudad de México se localiza en la zona meridional de la Altiplanicie Mexicana, en la región denominada cuenca de México, llanura lacustre en su origen que está rodeada de sierras. El emplazamiento de Tenochtitlan, antecedente histórico de la ciudad, fue un islote localizado en el lago Meztlipán “lugar de la luna en el agua”, antiguo nombre del lago de Texcoco, que perteneció al señorío tepaneca de Azcapotzalco. La fundación azteca de la ciudad se remonta a 1325. Al principio, los moradores vivieron de la pesca y la recolección, pero pronto empezaron a fabricar chinampas para aumentar el reducido territorio con que contaban. Estas chinampas consistían en una especie de balsa con lodo y plantas acuáticas que se fijaba en el fondo del lago por medio de estacas para que, con el tiempo, la flora acuática echara raíces y se integrara al fondo.

La situación del islote, que ofrecía grandes ventajas para la defensa de la ciudad y una privilegiada posición para la comunicación por vía acuática, planteó, sin embargo, desde el principio, tres problemas que afectaron su desarrollo urbano: el abastecimiento de agua potable, la falta de tierras para el cultivo y la amenaza de inundaciones.⁵ La ciudad contaba con un complejo sistema de acequias, diques, albardones, calzadas y acueductos para el control hidráulico de la cuenca. Dos acueductos de tubos de barro estucado traían agua potable al centro de la ciudad; uno bajaba de Chapultepec por la calzada a Tlacopan y el otro venía de Churubusco, por la calzada a Iztapalapa. Para controlar las inundaciones, en el margen este de la ciudad se había construido el albardón de Nezahualcóyotl, que separaba las aguas de Tenochtitlan de las del lago de Texcoco. Las chinampas para viviendas y para cultivo llegaron a constituir el sesenta por ciento del área de la ciudad. El clima de la cuenca se describió en 1575 como templado y algo húmedo por las lagunas, con lluvias de mayo a septiembre.

⁴Hernán Cortés, *Cartas de relación*, 1985, México, Porrúa, p. 99.

⁵Sonia Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*, 1996, México, SMURFIT e INAH.

Traza y desarrollo urbano

“A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.”⁶

La ciudad de Tenochtitlan tenía una superficie de quince kilómetros cuadrados con una longitud de 3.7 kilómetros en su eje norte-sur, y 2.9 kilómetros en el eje oeste-este. Había una población de sesenta mil habitantes, con una densidad de casi cuatro mil por kilómetro cuadrado.⁷ El cuarenta por ciento de la superficie estaba formada por terrenos sólidos de las islas rocosas y el resto había sido construido artificialmente mediante chinampas.

El plano que representa a la ciudad prehispánica en su totalidad fue publicado en Nuremberg en 1524, como complemento de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés. Esta versión, afirma Manuel Toussaint, la realizó un grabador basado en un boceto que Cortés envió a España entre 1520 y 1522 (Figura 2). El plano presenta la ciudad en un esquema central, cuyo núcleo era el Templo Mayor. De ahí partían hacia los cuatro puntos cardinales, con simetría radial, las principales calzadas que limitaban los cuatro *huey calpulli*, o parcialidades, en los que estaba distribuida la población. A su vez, estas parcialidades estaban subdivididas en barrios o *calpullis* formados por agrupaciones de parcelas o lotes a manera de manzanas. Las calles seguían la orientación impuesta por las calzadas, formando así una retícula con líneas de norte a sur y de este a oeste. Los espacios verdes eran amplios. Las casas de los señores tenían grandes patios interiores y los jacales de los plebeyos se encontraban al lado de las chinampas.

⁶ Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac y otros ensayos*, 1983, México, FCE, p. 13.

⁷ Sonia Lombardo de Ruiz, *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan según las fuentes históricas*, 1987, México, INAH, p. 50.

Se entraba a la ciudad principalmente a través del lago, además de las cuatro calzadas que la comunicaban por tierra firme. El control del paso hacia Tenochtitlan por tierra se lograba por medio de baluartes, que consistían en dos torres almenadas media legua antes de llegar a la ciudad. Asimismo, puentes de madera cumplían una función defensiva, pues se levantaban para impedir el tránsito en caso de guerra. Bernal Díaz del Castillo describe la estructura de la ciudad de la siguiente manera:

Y como subimos a lo alto del gran cu [...] y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había; y la de Tacuba, que fue por donde después de allí a ocho meses salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate [...] y la de Tepeaquilla; y víamos el agua dulce que venía de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad; y en aquellas tres calzadas las puentes que tenían hechas de trecho a trecho por donde entraba e salía el agua de la laguna de una parte a otra; e víamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos e otras que venían con cargas en mercaderías; y víamos cada casa de aquella gran ciudad y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera o en canoas; y víamos en aquellas ciudades cues e adoratorios a manera de torres e fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azuteas, y en las calzadas otras torrecillas e adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí había, sonaba más que de una legua; y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaña y llena de tanta gente, no la habían visto.

[...]

Cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios e cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con

paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable vello y pasallo, que no me hartaba de mirallo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce; y otra cosa de ver, que podrían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenía hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que había harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas; [...] Agora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie.⁹

México-Tenochtitlan: 1521-1556

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
En calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre...¹⁰

Hernán Cortés decidió levantar sobre las ruinas de Tenochtitlan lo que sería la Ciudad de México. En 1522 encomendó al agrimensor Alonso García Bravo la traza del área que sería habitada por los españoles. Fuera de ella quedaron los indígenas, que no cambiaron sus costumbres y mantuvieron su tradicional forma de vida: “las casuchas de los indios, que como son tan humildes y apenas se alzan del suelo, [...] están colocadas sin orden [como] es costumbre antigua entre ellos”.¹¹

⁹Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, p. 285.

¹⁰“Manuscrito anónimo de Tlatelolco” (1528), en *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, 1992, México, UNAM, p. XVIII-XIX.

¹¹Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y túmulo imperial*, 1975, México, Porrúa, p. 35.

García Bravo trazó una retícula ortogonal de calles que formaban manzanas alargadas dispuestas de oriente a poniente, tomando como base el trazo de las calzadas prehispánicas y los espacios abiertos del núcleo central. Así, la forma reticular de la ciudad, la distribución espacial de las calzadas, la amplitud de sus calles, muchas acequias y la mayor parte de sus plazas, fueron resultado del trazo prehispánico.¹² El Conquistador Anónimo hace esta descripción de la nueva ciudad:

Esta gran ciudad de Temistitan es algo más larga que ancha y en el corazón y centro de ella, donde estaba la mezquita mayor y las casas de Señor, se reedificaron la ciudad y castillos de los españoles, también ordenada, y con tan bellas plazas y calles como cualquiera otra ciudad del mundo. Las calles son anchas y espaciosas y en ellas hay hermosos edificios y suntuosas casas de piedra y ladrillo, todas iguales, pues una no es más alta que la otra, excepto algunas que tienen torres y por esta igualdad parecen mucho mejor que las demás. Hay en esta ciudad o centro de los españoles más de cuatrocientas casas principales, que ninguna ciudad de España las tiene en tan gran espacio, ni mejores, ni más grandes; todas son casas fuertes por ser de piedra en sillares. Hay dos grandes plazas; una grande (principal), en torno de la cual hay muchos bellos portales y se ha hecho una iglesia mayor en ella, que es muy buena. [...] las habitaciones de los indios quedan alrededor de este castillo, ciudad o ciudadela de los españoles, de modo que están cercados por todas partes, y entre ellos hay más de treinta iglesias.¹³

84

En los solares en que se dividieron las manzanas de la traza construyeron sus casas los españoles, aprovechando el material de los edificios en ruinas y la abundante mano de obra indígena: “la séptima plaga fue la edificación de la gran Ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalem [...] porque los indios hacen las obras, y a su costa buscan los materiales y pagan los pedreros y carpinteros, [...] y la piedra o viga que había menester cien hombres traíanla”.¹⁴

¹² Sonia Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la ciudad de México*.

¹³ “El Conquistador Anónimo”, en Artemio de Valle Arizpe, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, 1997, México, DDF y Editorial Diana, p. 78.

¹⁴ Motolinía, *Historia de los Indios de la Nueva España*, 1979, México, Porrúa, p. 129.

El plano que se conserva en la Universidad de Uppsala, atribuido a Alonso de Santa Cruz (Figuras 3 y 4), representa a la ciudad y la cuenca de México a mediados del siglo XVI, mostrando el desarrollo de treinta y cinco años de vida urbana. La ciudad está vista a ojo de pájaro: se perciben todavía, como ejes rectores de la traza, las cuatro calzadas prehispánicas, hacia los puntos cardinales, que se cruzan casi al centro del mapa. Se aprecia también la retícula que forman el resto de las calles y la disposición en cuadrícula de los solares.

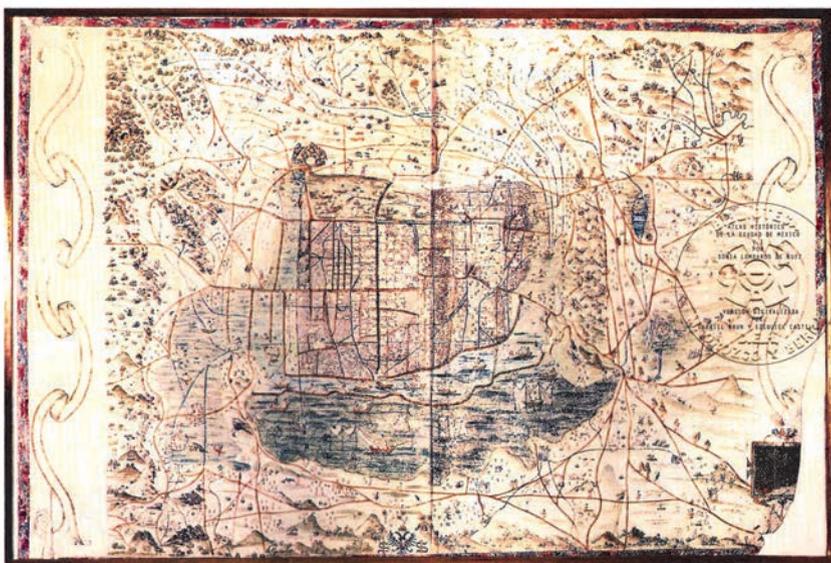


Figura 3. Mapa de Uppsala (1550), atribuido a Alonso de Santa Cruz.

Las calzadas principales a tierra firme se reconstruyeron, y en 1528 se levantaron a ambos lados de la calzada de Tacuba casas de españoles para asegurar una salida franca en caso de una sublevación. Estas viviendas, además de cumplir con su propósito defensivo, fueron también fincas de recreo con grandes áreas de jardines y huertas.

En síntesis, la ciudad tenía un núcleo central constituido por la Plaza Mayor, la Catedral, las casas de Cortés, las casas de Cabildo y portales comerciales. El ámbito de la traza formado por calles rectas alojaba edificios e instituciones de españoles y fuera de ella, sin conservar el mismo

alineamiento, se extendían los barrios de indios, destacando entre las casas sus iglesias. Son aproximadamente los mismos límites que tuvo la ciudad prehispánica con una ampliación por la calzada de Tacuba.

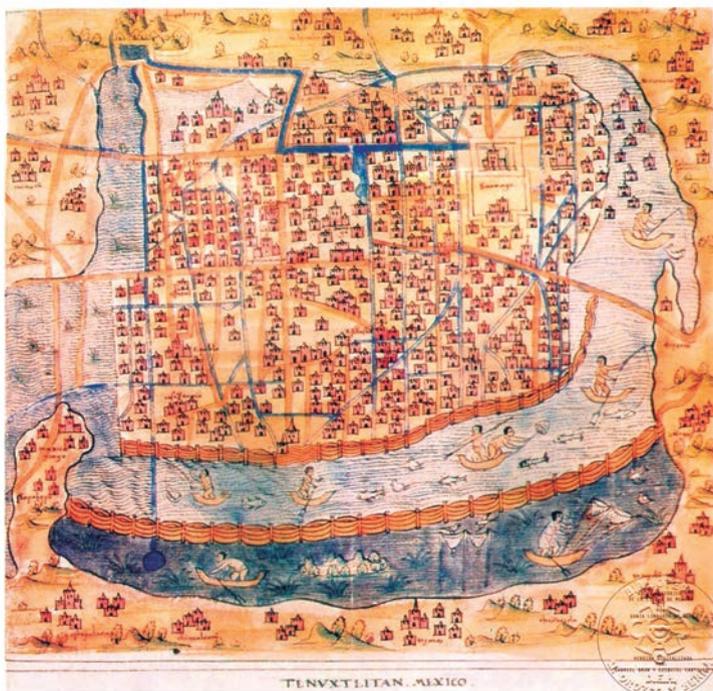


Figura 4. Detalle, Mapa de Uppsala, 1550, atribuido a Alonso de Santa Cruz.

Estas casas fortaleza utilizaban varios elementos de la arquitectura militar —torreones, barbacanas, almenas, troneras— que les daban un recio aspecto. Toussaint afirma que hacia 1554, las casas “a primera vista parecían fortalezas por la solidez de sus muros; no eran muy altas, las jambas y dinteles eran de piedra tallada; sobre las puertas se ostentaban las armas de los dueños, y los techos eran planos de terrado, que hacia 1581 se comenzaron a cubrir de ladrillos, y desaguaban por medio de canales de madera o de barro; la disposición interior parece haber consistido en un patio central rodeado de crujías”.¹⁵

¹⁵ Manuel Toussaint, *Arte colonial en México*, 1974, México, Dirección General de Publicaciones, UNAM, p. 4.

Siglo XVII

Para conocer la ciudad en el siglo XVII podemos basarnos en descripciones de cronistas como fray Juan de Torquemada o fray Agustín de Vetancourt, y en planos como el de 1628 del arquitecto Juan Gómez de Trasmonte (Figura 5) o del pintor Diego Correa de 1692 (Figura 6). Torquemada hace la siguiente descripción:

Las calles de la ciudad son muy hermosas y anchas [...] es en edificios de las mejores y más aventajadas del universo, con todas las casas de cal y canto, grandes, altas, con muchas ventanas rasgadas, balcones y rejas de hierro con grandes primores [...] las calles no tienen vueltas y revueltas como la mayor parte de las ciudades de España.¹⁶



Figura 5. Juan Gómez de Trasmonte (1628).

Fuente: Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*.

El plano de 1628 es una perspectiva de la ciudad vista a ojo de pájaro, que muestra de manera evidente la transformación del entorno.

¹⁶“Torquemada”, en Artemio de Valle Arizpe, *Historia de la Ciudad de México*, p. 148.

Al poniente, la desecación del lago es notoria. La cuenca ha sufrido una desmedida deforestación para obtener madera, que se usaba en grandes cantidades por los sistemas de techumbre de la época, con alfarjes, artonados, techos de vigería o de tejamanil.¹⁷

La estructura urbana de la ciudad ya no conservaba el esquema radial mostrado en el plano de Cortés de 1524, sino que parecía una península sobre el lago. Sus calles reticulares delimitaban manzanas rectangulares. Dentro de la traza, las casas se agrupaban en bloques compactos, en contraste con los espacios abiertos de las plazas. En la periferia, las casas indígenas se encontraban distanciadas unas de otras. El perfil de la ciudad muestra iglesias de techos a dos aguas y casas bajas.



Figura 6. Diego Correa, *Muy leal y noble ciudad de México* (1692).
Fuente: Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*.

La Ciudad de México, fundada en una isla y rodeada de lagos, siempre estuvo en peligro de inundarse. Ocho fueron las inundaciones graves: tres antes de la conquista y cinco después. En 1629 sufrió la inun-

¹⁷Lombardo de Ruiz, *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan*, p. 50.

dación más terrible de su historia. Quedó la ciudad, como relata un poeta anónimo:

cadáver de piedra hundido
en cristalino sepulcro.¹⁸

Cinco años duró la inundación, hasta 1634. Murieron treinta mil indios y de veinte mil familias españolas y criollas quedaron cuatrocientas.¹⁹ Además, gran parte de los edificios resintieron sus efectos. Las pocas construcciones del siglo anterior que aún existían tuvieron que ser demolidas o quedaron sepultadas, pues se elevó el nivel de las calles previendo futuras inundaciones. Años más tarde, en 1695, Vetancourt, describe así la ciudad:

La planta es cuadrada, con tal orden y concierto, que todas las calles quedaron parejas, anchas de catorce varas, y tan iguales que por cualquiera se ven los confines de ella; quedó de acequias en cuatro cercada, con otras tres que atraviesan de oriente a poniente la ciudad, para la comunicación del bastimento que entra por canoas; los barrios y arrabales de ella quedaron para la vivienda de los indios, con callejones angostos y huertecillos de camellones con acequias, como los tenían en su gentilidad, donde siembran flores y plantan sus arboledas. [...] Los edificios tienen altos y bajos, con vistosos balcones y ventanas rasgadas de rejas de hierro labradas con primor [...] por las calles donde hay acequias tienen puentes de cal y canto fuertes, para pasar del ancho de las calles siendo estas las más, empedradas, y con ser que todo el año no cesan los empedradores de aderezarlas, es tanto el concurso de las carrozas, que no acaban de componerlas. [...] tiene tres plazas, donde no cesa el contrato, así de las casas del comercio de ropas, como de bastimentos y de comidas: la principal y mayor (el actual Zócalo) al poniente del Palacio; la del Volador y la del Marqués.²⁰

¹⁸ Citado en Francisco de la Maza, *La Ciudad de México en el siglo XVII*, 1985, México, FCE, p. 27.

¹⁹ *Ibid.*, p. 28.

²⁰ “Vetancourt”, en *Ibid.*, p. 14.

A fines de siglo, la reconstrucción de la ciudad fue revelando una nueva imagen en la que el signo del barroco iba a caracterizar una nueva época.

Siglo XVIII

La amplitud y majestad de la colonia mexicana de Carlos V, es tal, que entre las ciudades más distinguidas de la tierra, es digna de ser mencionada. Y si os ponéis a considerar la suavidad del clima y la fertilidad del suelo, quizá ninguna encontraréis que se adelante a quitarle la palma; aunque para ello luchen y porfien: Siracusa alabada por Cicerón, o Venecia ilustrada por la pluma de Mafeo y los versos de Sannazaro.

Por los canales que dividen en dos partes a la ciudad, navegan canoas cargadas no solo de artículos necesarios para el cotidiano sustento, sino de los que sirven para regalo y satisfacción de los paladares más exquisitos.

En las calles y manzanas públicas de la ciudad, no hay tortuosidades ni recovecos, sino que todas están trazadas de Oriente al Ocaso, o del Mediodía al Septentrión, y por todas partes se extienden y prolongan; y cuando en ellas sopla con violencia el viento sutil, él mismo se encarga de barrer los nublados y de limpiar la atmósfera de humaredas nocivas. De aquí le vienen a la ciudad la salud y el clima templado por brisas oreantes y perfumadoras, y la suavidad y dulzura del clima de que disfruta; a extremo tal, que ninguno que en ella vive, eche de menos a la patria en que vio la luz.²¹

El siglo XVIII ha sido calificado como el del florecimiento, la reconstrucción y la remodelación de la Ciudad de México. A mediados del siglo, la ciudad podía equipararse con algunas de las capitales más importantes de Europa. La traza original de García Bravo quedó rebasada por indígenas que invadieron el área originalmente española y viceversa. En el plano de Pedro de Arrieta de 1727, se observa la ciudad de poniente a oriente, con una imagen detallada de sus edificios, calzadas, calles, plazas y acequias (Figura 7). El plano de 1753 realizado por José Antonio

²¹ Vicente López “El diálogo de abril”, 1755, en Artemio de Valle Arizpe, *Historia de la Ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, 1997, México, DDF/Diana, pp. 424-425.

Villaseñor y Sánchez muestra que la extensión de la ciudad es prácticamente la misma del siglo anterior, pero la imagen urbana es totalmente distinta. Las viviendas cambiaron su sistema de techumbre de madera por los techos planos de terrado con amplias azoteas (Figura 8).



Figura 7. Pedro de Arrieta (1727). Fuente: Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*.



Figura 8. José Antonio Villaseñor y Sánchez (1753). Fuente: Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*.

A fines de siglo, durante el gobierno del segundo conde de Revillagigedo (1789-1794), se llevaron a cabo importantes obras públicas en la ciudad: se inauguró el alumbrado público en las principales calles,

se construyó un sistema de dos canales para el desagüe para evitar que el agua de los lagos de Zumpango y de San Cristóbal inundara la ciudad en época de lluvia, y este drenaje se completó con una red primaria que se conectaba con el desagüe de las casas. Se regularizaron los empedrados de veintitrés kilómetros de calles y tres kilómetros de banquetas, se reubicaron los puestos del mercado y de los vendedores ambulantes que se hallaban en la Plaza Mayor y se acondicionó la Plaza del Volador. El problema de abastecimiento de agua de la ciudad quedó prácticamente resuelto gracias a los manantiales de Santa Fe, que la transportaban hasta San Cosme, para rematar en la fuente de la Tlaxpana, y los de Chapultepec, que terminaban en la fuente del Salto del Agua. Se mejoró el servicio de limpia de las calles y los carros para recoger basura.

Siglo XIX

Por una reunión de circunstancias poco comunes, he visto consecutivamente y en un solo espacio de tiempo, Lima, México, Filadelfia, Washington, París, Roma, Nápoles y las mayores ciudades de Alemania. Comparando unas con otras las impresiones que se suceden rápidamente en nuestros sentidos [...] debo confesar que esta ciudad ha dejado en mí una cierta idea de grandeza, que atribuyo principalmente al carácter de grandiosidad que le dan su situación y la naturaleza de sus alrededores [...] Ciertamente no puede darse espectáculo más rico y variado que el que presenta el valle, cuando en una hermosa mañana de verano, estando el cielo claro y con aquel azul turquí propio del aire seco y enrarecido de las altas montañas, se asoma uno por cualquiera de las torres de la Catedral de México o por lo alto de la Colina de Chapultepec [...] Desde el fondo de esta soledad, esto es desde la punta de la roca porfídica de Chapultepec, domina la vista una extensa llanura y campos muy bien cultivados que corren hasta el pie de montañas colosales, cubiertas de nieves perpetuas. La ciudad se presenta al espectador bañada por las aguas del lago de Texcoco, que rodeado de pueblos y lugarillos, le recuerda los más hermosos lagos de las montañas de la Suiza. Por todas partes conducen a la capital grandes calles de olmos y álamos blancos [...] Al sur del terreno entre San Ángel, Tacubaya y San Agustín de las Cuevas [...] parece un inmenso jardín de naranjos, duraznos,

manzanos, guindos y otros árboles frutales de Europa. Este hermoso cultivo forma contraste con el aspecto silvestre de las montañas peladas que cierran el valle.²²

El siglo XIX fue de cambios significativos en el desarrollo de la Ciudad de México. Durante esta etapa pasó de ser una ciudad colonial a una moderna. La primera parte de su historia abarca desde los inicios de la Colonia hasta las primeras décadas del siglo: ciudad cuadriculada que causaba el asombro de sus visitantes por la riqueza de su arquitectura y “la grandiosidad que le dan su situación y la naturaleza de sus alrededores”.

Más tarde, al concluir las guerras de Independencia, los testimonios sobre la capital muestran la pobreza que padecen sus habitantes y las dificultades para mantener sus edificios y construcciones. Asimismo, empiezan a aparecer críticas por la ruptura de la traza y la destrucción de la arquitectura barroca (Figura 9).

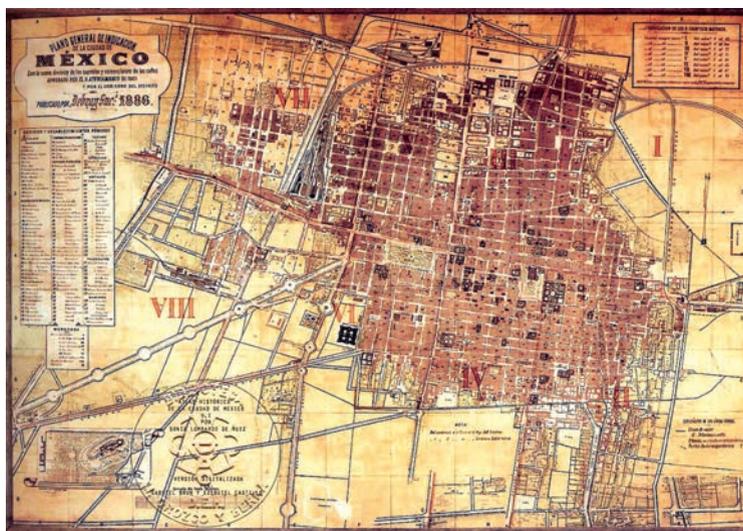


Figura 9. La Ciudad de México en 1886.

Fuente: Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*.

²² Alejandro de Humboldt, citado en Hira de Gortari y Regina Hernández, *Memoria y encuentros: la Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, 1988, México, Instituto Mora/DDF, p. 56.

Siglo XX

Como acontece con su historia la Ciudad de México ha cambiado varias veces de rostro. Ha sido india, criolla, mestiza, barroca y moderna. Y es y ha sido opulenta y miserable, justa e injusta para la plétora humana. Es la ciudad que amamos y que detestamos, la que nos acoge y nos exaspera, y que entre todos volvemos irrespirable, porque somos demasiados los que queremos vivir en ella.²³

Cuando se fundó la Ciudad de México en 1522, sumaba treinta mil habitantes entre españoles e indígenas, en una superficie de 2.7 kilómetros cuadrados. En los trescientos años de la Colonia, la ciudad creció muy lentamente, debido a la reducida y poco dinámica población del país, así como por su economía basada en la explotación de los recursos naturales y los productos agrícolas. Hacia 1845, la ciudad tenía 165 000 habitantes y alrededor de 14.1 kilómetros cuadrados de extensión. A finales del siglo XIX entró en una etapa de mayor dinamismo. Hacia 1900, contaba con una extensión de 27.5 kilómetros cuadrados y 344 000 habitantes.



Figura 10. Plano de la Ciudad de México (1915).

Fuente: Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la Ciudad de México*.

²³ José Luis Martínez, *Metrópoli cultural*, 1994, México, DDF/Universidad Iberoamericana/CONACULTA, pp. 189-300.

El crecimiento industrial de la capital incidió en su dinámica demográfica: en 1930 tenía una población de 1 048 970 habitantes; alcanzó 1.5 millones en 1940, 2.8 millones en 1950, 4.9 millones en 1960 y 8.6 millones en 1970.²⁴ El censo de 1980 da una cifra de 13.4 millones en el área metropolitana y en 1990 alcanzó los 15 millones de habitantes.

La expansión del área urbana se produjo al mismo tiempo que el crecimiento económico y demográfico. En 1930 el tejido urbano tenía una extensión de 86.1 kilómetros cuadrados, que aumentaron a 117.5 kilómetros cuadrados en 1940, a 240.6 kilómetros cuadrados en 1953 y a alrededor de 650 kilómetros cuadrados en 1970. En 1985 alcanzó aproximadamente los 1200 kilómetros cuadrados. Según las proyecciones para la zona metropolitana, se calcula que la ciudad suma anualmente alrededor de 500 000 habitantes, entre inmigrantes y nativos. Además, se estima que el crecimiento de la mancha urbana fue de 220 kilómetros cuadrados en 1990-2000 y de 190 kilómetros cuadrados en 2000-2010.²⁵

La desecación del lago se inicia en la época de la Colonia y, como señala Alberto Kalach,

evidentemente los conquistadores y colonizadores españoles nunca supieron guardar una relación armónica con los lagos, como lo hacían las culturas prehispánicas. El aprovechamiento de la geografía en su sentido más pragmático, a favor de la gran obra del hombre que es la ciudad, fue totalmente olvidado en la fundación de la ciudad de México y de muchas otras ciudades coloniales de Hispanoamérica. La significación de conquistar con la literal sobreposición de una arquitectura sobre otra, y la construcción por decreto de ciudades y arquitecturas “ideales” concebidas desde el antiguo continente, dieron origen a muchas de las ciudades latinoamericanas que ahora después de cinco siglos, siguen padeciendo la falta de relación con el lugar. Las ciudades coloniales construidas por decreto extendieron sus retículas sobre valles, tierras de cultivo, bosques y lagos.²⁶

²⁴ Gustavo Garza, *Atlas de la Ciudad de México*, 1987, México, DDF/El Colegio de México, p. 419.

²⁵ *Loc. cit.*

²⁶ Alberto Kalach *et al.*, *México, ciudad futura*, 2010, Barcelona, Block Design.

Durante la segunda mitad del siglo XX, como escribió Juan Carlos Cano, “*la obsesión de ser modernos* llevó a los gobernantes de la ciudad, argumentando cuestiones de salubridad, a entubar cualquier canal, río o arroyo que estuviera a su alcance. No se pensó en separar las aguas negras de las aguas pluviales, que hasta hoy corren por las mismas tuberías. Se necesitaban desagües, no paisajes románticos. Arriba y adelante”.²⁷

Siglo XXI

Alberto Kalach plantea en su libro *México, ciudad futura*,²⁸ que la recuperación hidrológica de la cuenca de México sería el reencuentro de la ciudad con su geografía, con el origen de su historia y probablemente la única posibilidad de asegurar su futuro. Señala que en un momento de absoluto pesimismo respecto al futuro de nuestra ciudad y con una falta total de visión, imaginación y generosidad, debe empezarse por resolver de una vez el problema del agua en la Ciudad de México. Según su diagnóstico, en 2010 el 90% del agua que viene de las montañas y ríos durante la temporada de lluvias, escurre, se contamina y es expulsada por el drenaje sin utilizarse; solo el 10% se retiene en presas. Lo anterior provoca inundaciones graves, además de que obliga a extraer del acuífero más agua de la que se infiltra, lo que causa agrietamientos, contaminación y el hundimiento del subsuelo. *México, ciudad futura* se propuso resolver este dilema histórico mediante un urbanismo cuyo punto de partida es el contexto geográfico sobre el que se pretende construir, es decir, el lecho del antiguo lago de Texcoco. La solución propuesta es un regreso a la ciudad lacustre, a un sistema interconectado de lagos y vasos reguladores al norte y oriente de la ciudad, alimentados por el escurrimiento de aguas. En teoría, esta solución aportaría beneficios ambientales, sociales y económicos. Los ambientales consisten en un mejor aprovechamiento del agua que cae anualmente en la cuenca, además de un clima más templado y la reducción significativa de la contaminación por la evaporación del agua de los nuevos lagos. Los

²⁷ Citado en Alejandro Hernández Gálvez, “Aeropuerto en vez de lago: Condenados a ser modernos”, *Arquine* (enero de 2017).

²⁸ Kalach *op. cit.*, p. 43.

beneficios sociales son parques, centros culturales, instalaciones deportivas y obras de infraestructura paralelos al restablecimiento de los lagos. Los beneficios económicos serían el resultado de la creación de un nuevo aeropuerto en una de las islas en medio de los lagos y de un litoral aprovechable industrial y comercialmente.

Parece que todo esto fue ignorado al seleccionar el proyecto del nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Como afirma Alejandro Hernández Gálvez, es “la paradoja que implica cancelar el porvenir en aras de construir un futuro”.²⁹



Imagen satelital de la Ciudad de México, Google, Digital Globe, 2018.

Novedad de hoy y ruina de pasado mañana, enterrada y resucitada cada día,
convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares, hoteles,
palomares, catacumbas,
la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres metros cuadrados inacabable como una galaxia,
la ciudad que nos sueña a todos y que todos hacemos y deshacemos y
rehacemos mientras soñamos,
la ciudad que todos soñamos y que cambia sin cesar mientras la soñamos,
la ciudad que despierta cada cien años y se mira en el espejo de una palabra
y no se reconoce y otra vez se echa a dormir...³⁰

²⁹ Hernández Gálvez, *loc. cit.*

³⁰ Octavio Paz, “Hablo de la ciudad”, en *Árbol Adentro*, 1997, México, Seix Barral, p. 41.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.